

Martes III de Pascua



16 de abril de 2024

Hech 7,51-8,1

Sal 30

Jn 6,30-35

P. Eduardo Suanzes, msps

«Esteban, lleno del Espíritu Santo, fijando la vista en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús a la derecha de Dios, y dijo: —Estoy viendo el cielo abierto y al Hijo del hombre en pie a la derecha de Dios»

¿Se han preguntado alguna vez que significa eso del cielo abierto? ¿Se lo pueden imaginar físicamente? Claro que no...El cielo no se abre...¡Hombre!...si entiendes por eso que las nubes se separan....pues bueno....Pero ¿eso es el *cielo abierto*? Pues trataremos desde aquí iluminar la reflexión del día de hoy.

Miren. Según una creencia común en el judaísmo tardío, tras de la muerte de los últimos profetas del siglo VI aC "*se habían cerrado los cielos*", es decir, el Espíritu había dejado de inspirar a los mensajeros de la palabra divina, a los profetas. El profetismo había cesado, y este silencio constituía una verdadera tragedia para un pueblo que se sentía llamado a vivir constantemente bajo la guía de la revelación divina. En conexión con esta creencia también se creía que los cielos volverían a abrirse con la llegada del Mesías, para que él, como profeta de los tiempos escatológicos, pudiera ser investido del Espíritu.

Lucas, el autor de libro de los Hechos, ya había mencionado que los cielos se habían abierto en otra ocasión: en el bautismo de Jesús. Con ese abrirse lo cielos se alude simbólicamente a que se reanuda la comunicación directa entre Dios y la tierra, propia de los tiempos mesiánicos. La mención al Espíritu que descendió sobre Jesús en el bautismo es una referencia implícita a los textos proféticos, que no sólo prometían una efusión universal del Espíritu sobre el pueblo de Dios (Ez 36,26-27) o sobre toda carne (Joel 3,1), sino que ponían al Espíritu en relación directa con la persona elegida: el rey davídico (Is 11,2), el Siervo de Yahvé (Is 42:2) o el profeta escatológico (Is 61,1).

Además, el abrirse los cielos es una alusión a un salmo contenido en el libro del profeta Isaías. En este salmo se le pide a Dios que repita por última vez las grandes acciones redentoras en favor de su pueblo, como en un nuevo Éxodo, para que puedan reconstruir Jerusalén y el Templo para siempre. Esta intensa petición se expresa en este salmo con la súplica: «*¡Ah, si rasgaras los cielos y bajaras!*» (Is 63,19)

En el bautismo de Jesús Dios responde abriendo los cielos y bajando... sobre el Mesías. Los cielos no se volverán a cerrar jamás.

Aquí con Esteban se vuelve a mencionar al Espíritu Santo, pues Esteban estaba lleno de él y tiene, además, la experiencia de ver esos cielos para siempre abiertos con Jesús.

Lucas tiene toda la intención de establecer el paralelismo entre Jesús y Esteban: ambos fueron llevados ante el Sanedrín; ambos fueron acusados con testigos falsos; ambos

sufrieron la acusación de ir contra la Ley y Moisés, contra el templo y el pétreo anquilosamiento de los fariseos que se quedaban en la letra en lugar de ir al espíritu. Ambos son acusados, por fin de blasfemos. Ambos son llevados a fuera de la ciudad para ser ejecutados; ambos perdonaron a sus verdugos; y ambos conscientemente entregaron su espíritu. Uno, el Maestro; el otro, el seguidor fiel.

Ambos estaban llenos del Espíritu y ambos tuvieron la experiencia del cielo abierto. Pero si Esteban fue llenado del Espíritu de Dios fue porque abriéndose el cielo con Jesús, el Padre y Él lo derramaron sobre Esteban.

Esa misma experiencia de Esteban es la que todo seguidor de Jesús está llamado a poseer. El cielo abierto, como dijimos antes, significa que ya no hay distancia entre Dios y el hombre; que ya el velo del templo se rasgó para siempre, que el “santo de los santos” puede ser *tocado* por el hombre, puede ser experimentado plenamente. San Juan de la Cruz decía que no podemos poseer a Dios con nuestra inteligencia, pero que sí podemos hacerlo, totalmente, con nuestro amor.

Los cielos con Jesús se han abierto definitivamente solo con una intención: para darnos vida. Para eso ha venido Jesús: *«yo he venido para que tengan vida y vida en abundancia»* (Jn 10,10). Por eso el pan que da la vida es el pan que baja de ese cielo abierto, como nos dice Jesús en el Evangelio.

El pan material es muy importante. Jesús mismo les ha enseñado a pedir a Dios *«el pan de cada día»* para todos. Pero el ser humano necesita algo más. Jesús quiere ofrecerles un alimento que puede saciar para siempre su hambre de vida: ya nunca más pasará hambre, ya nunca más tendrá sed. Y este pan y este agua es Él mismo.

Jesús se da a sí mismo para que comamos de él, para que bebamos de él. ***Comer y beber de Jesús es entrar en su Corazón: sumergirse en el océano infinito de sus sentimientos que colman todas nuestras aspiraciones hasta niveles que jamás hubiéramos podido sospechar***, porque resulta que ya no hay límites. Abrirse el cielo es abrirse el Corazón de Dios, en este caso, del Dios-hombre, para que nosotros entremos en él.

« ¿Qué mi Corazón abierto, no lo dejé romper sino solamente para manifestar mi amor y para que cupieran todos los hombres y salvarlos con su ternura?»¹ [...]

«... y mi Corazón, todo amor y misericordia, se conmueve [...] y ha determinado salvar a todos [...] por la única ánora de salvación, por la Cruz, que conduce a mi ***Corazón o al cielo, que es lo mismo***, porque el cielo de las almas está en mi Corazón... Contiene éste tal número de regiones, ¡que sólo las almas que suben por la Cruz, las pueden llegar a conocer...! ¡Cuántos secretos encierra mi Corazón!»²

¹ CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA. *Cuenta de Conciencia* 52,306; 10 de junio de 1928

² *Ibid.* 15,509; 13 de agosto de 1900. La negrita es mía.